

Migraciones y Remesas en el Contexto de la Globalización

46va Reunión de la Junta de Gobernadores del Banco Inter-Americano de Desarrollo y de la Corporación Inter-Americana de Inversiones

Rogelio Fernández Castilla
Fondo de Población de las Naciones Unidas

**Okinawa, Japón
6 de abril, 2005**

Las Migraciones Internacionales en América Latina y el Caribe

Introducción

Los movimientos de población a través de las fronteras nacionales constituyen un fenómeno de creciente magnitud y un desafío cada vez más importante para los países y para la comunidad internacional. Su incremento, diversificación y complejidad, así como sus enormes implicaciones en términos del desarrollo de los países y de los derechos humanos de los migrantes y sus familias, entre otros aspectos, requieren de respuestas más claras y coherentes en los niveles global, regional y bilateral.

Una de las primeras limitaciones que se observan para abordar el conocimiento de la migración internacional radica en la información estadística disponible. Entre las principales fuentes de información al respecto, se encuentran los censos de población, los registros de las instituciones migratorias, las encuestas realizadas a hogares o a individuos y los diversos estudios de caso realizados en distintos ámbitos. Estas fuentes permiten conocer algunas de las dimensiones de la inmigración o la emigración en los países, así como ciertos flujos temporales que no necesariamente implican cambio de residencia. Sin embargo, dichas fuentes no son del todo comparables o representativas, de manera que toda generalización derivada de ellas debe ser tomada con cautela.

Por lo anterior, la mayor parte de los análisis globales y regionales sobre la migración internacional se basan en la estimación de uno de los indicadores más accesibles a través de censos y encuestas: el llamado “*stock*” de migrantes internacionales, es decir, el número de personas que residen dentro de un país distinto al de su lugar de nacimiento. Si bien este indicador deja fuera fenómenos tan importantes como la “migración temporal” o el monto de “residentes ilegales o clandestinos”, constituye sin duda una aproximación fundamental para identificar las grandes tendencias del fenómeno.

Otras limitaciones provienen de los distintos enfoques teóricos y analíticos relacionados con la migración internacional. Por ejemplo, a pesar de la multiplicidad de investigaciones sobre el tema, no existe, hasta el momento, una teoría general que integre las explicaciones parciales que se han propuesto, las cuales se ubican en un continuo que transita desde los modelos economicistas “puros”, hasta las interpretaciones sociológicas y antropológicas de corte culturalista. En el primer caso se encuentran, por ejemplo, las hipótesis neoclásicas basadas en el concepto de mercados de trabajo, donde la migración sería una consecuencia directa de variables tales como la oferta y la demanda de mano de obra, así como de las ventajas salariales que motivarían el traslado de la misma entre unos países y otros. Al respecto, diversos estudios comparativos sugieren que, si bien existe una indudable correlación general entre los diferenciales salariales y el sentido de los

movimientos migratorios, dichas diferencias no logran explicar en su totalidad los cambios observados en las corrientes migratorias dentro de contextos particulares.

En el otro extremo, múltiples investigaciones de tipo cualitativo y de historias de migrantes han puesto el acento en la conformación de patrones culturales de migración, a nivel de las familias, las comunidades, las etnias e inclusive los países, como factores explicativos de los movimientos de población entre unos países y otros. Sin embargo, una explicación basada únicamente en este tipo de procesos dejaría de lado la vinculación del fenómeno con los procesos generales de desarrollo e interacción económica y limitaría la formulación de políticas amplias para dar respuesta a los problemas asociados a la migración.

Teniendo en cuenta estas limitaciones, en el presente trabajo se busca ofrecer un panorama de las migraciones internacionales a nivel mundial y, en particular, de la región de América Latina y el Caribe, en conexión con algunas de las cuestiones relevantes de la agenda internacional sobre población y desarrollo.

Las migraciones en el contexto mundial

Las migraciones se han presentado desde inicios de la humanidad, pero su intensidad y continuidad se manifiestan de manera más consistente desde el desarrollo de los primeros Estados-nación europeos, así como en la colonización emprendida por éstos desde el siglo XVI.

En la actualidad las migraciones alcanzan su mayor volumen en la historia, aunque no la mayor magnitud en relación a los totales poblacionales. También presentan características que las diferencian de las observadas en periodos anteriores, lo cual ha propiciado una nueva conceptualización por los estudiosos del fenómeno, enmarcada en lo que algunos denominan la *“nueva era”* de las migraciones internacionales (Arango, 2003).

De esta forma, la realidad migratoria actual es resultado de una gama de cambios que reconfiguraron el mapa de la movilidad poblacional en el mundo: Europa presentó, al cabo del siglo XX, una mutación en su predominio de continente de emigración, para convertirse en receptor de inmigrantes. A partir de los años cincuenta, algunos países europeos empezaron a importar trabajadores de sus colonias, y enseguida de su periferia. En el Golfo Pérsico apareció una nueva área de inmigración como producto de la crisis del petróleo de los años setenta. En el Pacífico, a Nueva Zelanda y Australia se añadieron Japón y los nuevos polos de crecimiento industrial en Asia, conformando de una nueva región receptora de inmigrantes.

Este nuevo mapa presenta una fuerte diversificación de rutas y conexiones origen-destino, que da cuenta de una *“mundialización”* de las migraciones y no precisamente de su *“globalización”*, puesto que ésta implicaría –idealmente- tanto

una supresión de obstáculos y liberalización de flujos e intercambios de bienes y servicios, como la libertad de circulación de personas.

En un mundo de creciente interacción e interdependencia, pero también más desigual, la migración internacional plantea desafíos de enorme trascendencia, tanto por las oportunidades que brinda como por las tensiones que genera. Es en el núcleo de este escenario que se dan paradojas tales como la creciente movilidad de flujos financieros, comerciales y de información y la fuerte custodia de fronteras; el despliegue de un exuberante circuito de migrantes indocumentados y su inserción *de facto* en los mercados laborales de los países receptores; los desafíos comportados por los procesos de integración *versus* asimilación de los inmigrantes a las sociedades receptoras; las tensiones experimentadas en el seno de estas últimas frente a los fenómenos de multiculturalización y pluriétnicidad derivados del impacto de las comunidades inmigrantes; y los retos derivados de la configuración de comunidades transnacionales de migrantes, entre otros aspectos.

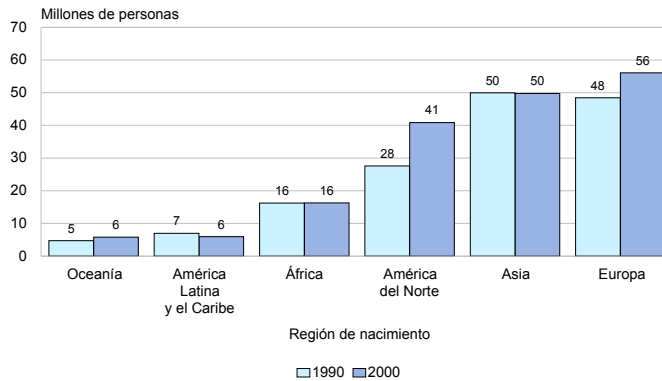
Frente a este complejo paisaje, y bajo la ineludible evaluación de los costos y beneficios políticos, económicos y culturales que esta nueva era de la migración internacional implica, los márgenes de movilidad de los Estados democráticos parecen inscribirse en la difícil tarea de conjugar el ejercicio de su soberanía con la suficiente dotación de garantías a los derechos de los migrantes.

En este contexto, las estimaciones realizadas por las Naciones Unidas arrojan que los migrantes internacionales (en el sentido antes definido) en el mundo alcanzaron en el año 2000, la cifra de 175 millones de personas. Este monto es 2.3 veces el alculado para 1960 (76 millones) y se proyecta que alcanzará alrededor de 230 millones de personas a mediados del siglo XXI (UNFPA-IMP, 2004).

La migración internacional se ha expandido a todos los países y regiones del mundo. Para el año 2000, las regiones que concentraban un mayor número de inmigrantes internacionales eran Europa (56 millones), Asia (50 millones) y América del Norte (41 millones) (Gráfica 1).

Gráfica 1

Stock de migrantes internacionales por grandes regiones, 1990 y 2000

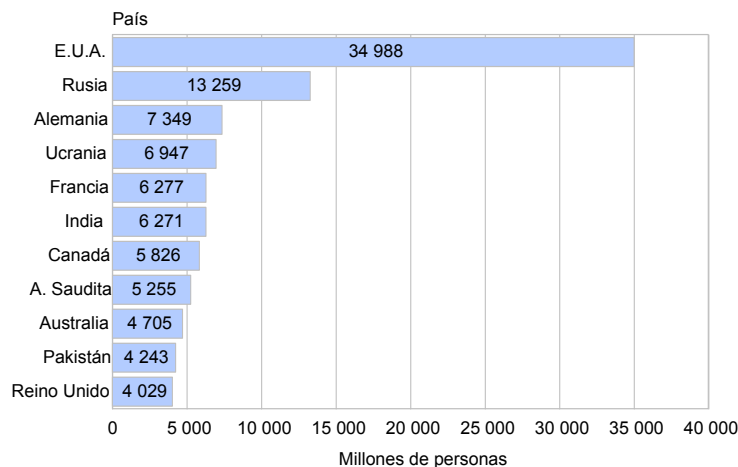


Fuente: United Nations, *International Migration Report* 2002, New York, 2002.

Europa y América del Norte experimentaron los mayores incrementos en el monto de inmigrantes durante la década de los noventa. Entre 1990 y 2000, América del Norte incrementó su stock de migrantes en un 48 por ciento, mientras que Europa solo mostró un incremento del 8 por ciento, de tal forma que para el 2000 el 60 por ciento del stock de migrantes del mundo residía en los países más desarrollados. Los principales de ellos son los Estados Unidos, en donde residían 35 millones de migrantes, la Federación Rusa y Alemania con 13 y 7 millones respectivamente (Gráfica 2).

Gráfica 2

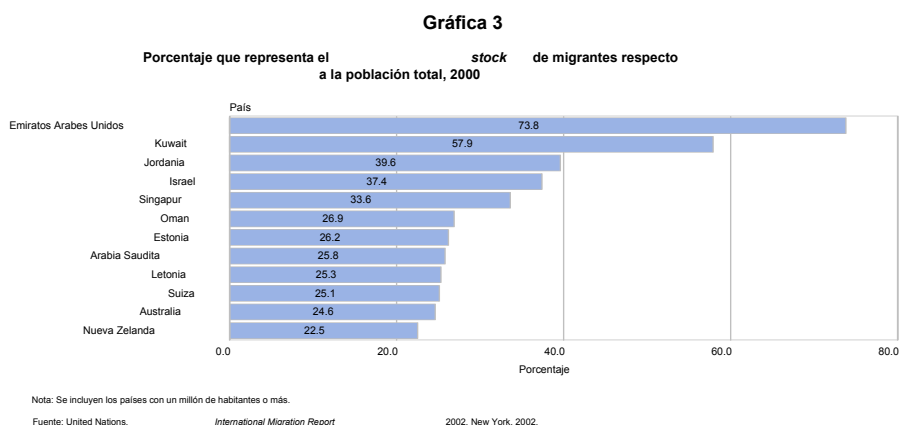
Stock de migrantes por países, 2000



Fuente: United Nations, *International Migration Report* 2002, New York, 2002.

En los países en los cuales la migración representa un porcentaje importante de su población total, ésta tiene grandes repercusiones en la dinámica demográfica y estructura por edades, en el mercado laboral, en el acceso a los servicios sociales, así como en la integración de los inmigrantes y de sus descendientes a la sociedad receptora.

En algunos países de Asia la población migrante representa más del 50 por ciento de su población nativa; en Estonia y en Suiza una cuarta parte de su población se conforma por migrantes; igualmente, en Australia y en Nueva Zelanda una cuarta parte de la población es inmigrante (Gráfica 3).

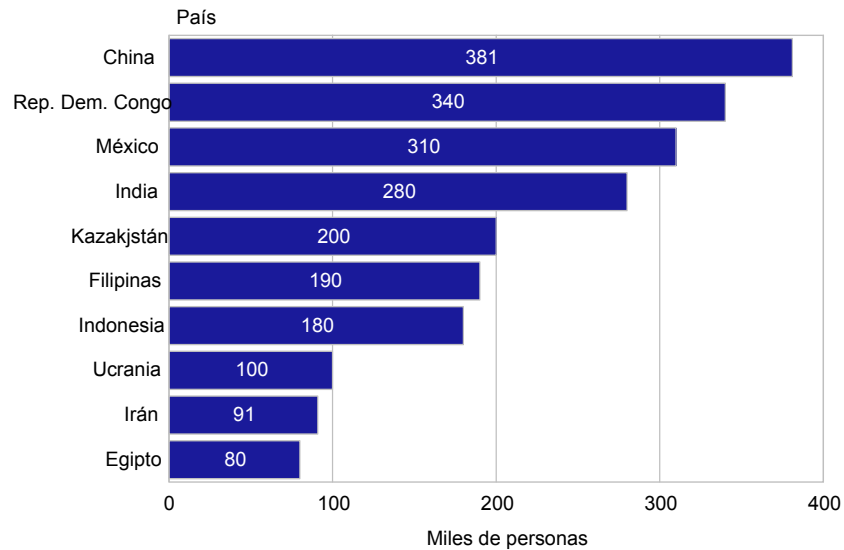


Diversos factores contribuyen a que cuantiosos contingentes de población abandonen sus países de origen. Por una parte, existen factores de orden económico para los países de origen y destino, factores estructurales que dan lugar a crisis sociopolíticas (guerra, violencia, persecución) y económicas (desempleo, subempleo, bajos salarios); mismos que se complementan con la oferta de trabajo y mejores ingresos en los países de mayor desarrollo. A lo anterior se suman los vínculos sociales que establecen los migrantes a través de redes de amistad y familiares que permiten disminuir los obstáculos y costos de la migración, potenciando mayores desplazamientos.

México, China y el Congo sobresalen como los principales países expulsores de migrantes. En estas naciones, la pérdida neta anual durante el quinquenio 1995-2000 ascendió a más de 300 mil personas por año (Gráfica 4).

Gráfica 4

Países de mayor pérdida de población, 1995 - 2000



Fuente: United Nations *International Migration Report* 2002, New York, 2002.

Cabe hacer notar que, de acuerdo con las estimaciones oficiales del Gobierno de México, este país se ubicaría ya en el primer lugar mundial por su saldo migratorio externo, que alcanzaría las 400 mil personas por año en el periodo 2000-2005 (CONAPO, 2005).

Magnitud y tendencias de la migración internacional en América Latina y el Caribe

Históricamente, las migraciones hacia América Latina y el Caribe se inician con su “descubrimiento” y conquista. El colonialismo dio lugar a diversos tipos de migración, principalmente la salida masiva de población de Europa, hacia América, África y Asia, y posteriormente a Oceanía, ya sea de manera permanente o temporal (marineros, soldados, granjeros, comerciantes, etc.), lo cual dio lugar a cambios en las estructuras económicas y en las culturas tanto en los países de origen como en las colonias.

La esclavitud -otra forma de migración, que antecede a la migración laboral- formó la base de la producción en plantaciones y minas en el Nuevo Mundo desde finales del siglo XVII hasta mediados del siglo XIX. Se calcula que para 1850, se encontraban 15 millones de esclavos en América (Appleyard, 1991). En la segunda mitad del siglo XIX, la mano de obra de esclavos fue sustituida por trabajadores bajo contrato, quienes estaban obligados a trabajar periodos de varios años. Los salarios y las

condiciones eran en general muy precarios. Sin embargo, estos migrantes percibían que el trabajo de ultramar ofrecía una oportunidad de escapar de la pobreza. Al término de su contrato muchos de ellos (en su mayoría hindúes) se establecieron en el Caribe y trajeron a sus dependientes.

A. Lattes y Z. de Lattes (1991) calculan que entre 1800 y 1970 América Latina y el Caribe recibieron cerca de 21 millones de inmigrantes, procedentes de España, Italia y Portugal. La corriente más grande la constituyeron los tres millones de italianos que llegaron a Argentina. El grueso de los inmigrantes fue a las regiones más integradas, a los circuitos económicos que experimentaban un importante crecimiento económico, una acelerada urbanización, etc. Para los años treinta la inmigración masiva proveniente de Europa era cosa del pasado (Balán, 1988). Venezuela fue una relativa excepción, recibiendo un flujo de inmigrantes de 332 mil personas (la mayoría de origen italiano) entre 1950 y 1959. Con la disminución de la inmigración extra-regional proveniente de Europa, se desarrollaron migraciones intra-continetales o intra-regionales moderadas. Algunos de los principales flujos de inmigración en la región se describen a continuación.

Hacia 1935, flujos de inmigrantes bolivianos se dirigieron a Argentina, permaneciendo sin regulaciones hasta 1958, cuando se firmó un acuerdo para proteger a los migrantes (Balán, 1988). Durante los años cincuenta y sesenta inmigrantes paraguayos y chilenos se dirigieron a Argentina, radicándose en los principales centros urbanos. Pronto muchos se reunieron con sus familias, creando en algunas ciudades barrios de inmigrantes ilegales. Solo hacia la segunda mitad de los setenta su condición de ilegales se ve cuestionada.

En el caso de México, la inmigración post-colonial fue de poca cuantía. Después de la dominación española, los esfuerzos por hacer del país un destino atractivo para las corrientes migratorias se vieron frustrados y no lograron su objetivo. De todas maneras, durante el siglo XIX se establecieron inmigrantes procedentes de España, Alemania, Francia, Inglaterra, Italia y Suiza, entre otros. Al término del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, se registraron varias corrientes de inmigrantes chinos, japoneses y otros países, algunas de las cuales se dirigían a los Estados Unidos y se establecieron en México por las severas restricciones establecidas a la inmigración en aquel país. Igualmente se registraron migraciones de Siria, Turquía y Líbano, quienes llegaron en grupos o familias huyendo de presiones políticas y religiosas en busca de mejores condiciones de vida (Martínez y Reynoso, 1993). La inmigración hacia México se presenta de manera especial bajo la modalidad de personas que llegaron solicitando la condición de asilados y refugiados, marcando de esta manera el perfil contemporáneo de la inmigración. A partir de 1937, ingresaron más de 21 000 españoles, quienes huían de la Guerra Civil; en 1943, cientos de ancianos, mujeres y niños polacos encontraron refugio ante la violencia bélica que tenía lugar en Europa, y más tarde, en 1954, se concedió asilo a guatemaltecos tras el derrocamiento del gobierno de Jacobo Arbenz (Solís Cámara, 1998), así como a un número importante de intelectuales estadounidenses que huían del macartismo. En la década de los setenta ingresaron al país chilenos, argentinos, uruguayos y peruanos motivados por la persecución de las dictaduras

militares del subcontinente. Los censos de población registraron un incremento de la población extranjera residente en el país, de tal forma que en el año 2000 se enumeraron aproximadamente medio millón de extranjeros residentes en México.

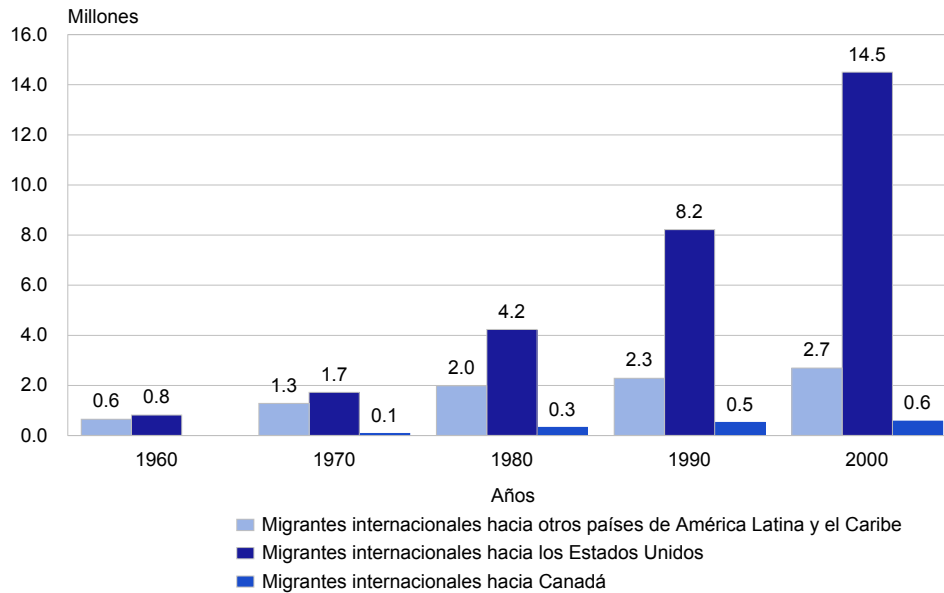
En la década de los setenta hubo un gran aumento de la migración intra-regional. Unido a la persistencia de los factores estructurales, las crisis sociopolíticas provocaron que el número de migrantes se duplicara. Tal es el caso de algunos países de Centroamérica, cuya situación sociopolítica dio lugar a fuertes desplazamientos fuera de sus fronteras. El stock de inmigrantes nicaragüenses y salvadoreños aumentó considerablemente en Costa Rica entre 1973 y 1984. De igual manera, la creciente migración centroamericana se vincula a un sistema informal de migración con México, Belice y Guatemala que funcionan como países de tránsito de migrantes que tienen como destino final Estados Unidos.

La violencia suscitada en Colombia, así como el crecimiento económico vinculado al petróleo, provocaron que millones de colombianos se trasladaran a Venezuela, Ecuador y Panamá. A su vez, en el Caribe la migración de haitianos a la República Dominicana es una de las más representativas.

Argentina y Venezuela experimentaron una disminución del stock total de inmigrantes para 1980, sin embargo, continuaron registrando una inmigración desde los países aledaños. Para el mismo periodo, algunas de las naciones tradicionalmente expulsoras de población, registraron una importante migración de retorno, tras haber experimentado una expansión económica ejecutando grandes obras, así como una inmigración de los países vecinos. Paraguay registró una migración de retorno de emigrantes nacionales de Argentina, y a la vez una inmigración, en su mayoría proveniente de Brasil. Chile registró una inmigración de personas en particular de Perú y Argentina.

Durante las últimas décadas del siglo XX, América Latina y el Caribe mostraron cambios relevantes, tales como: incremento de la migración extra-regional, diversificación de los países de destino y de las características de los migrantes. Hubo una migración moderada al interior de la región, así como una intensificación de la migración extra-regional, teniendo los migrantes de la región a Estados Unidos como su destino principal (Gráfica 5). De los 20 millones de nativos de la región que residen en un país diferente al de su nacimiento, la mayoría (75%) se encuentran en Estados Unidos.

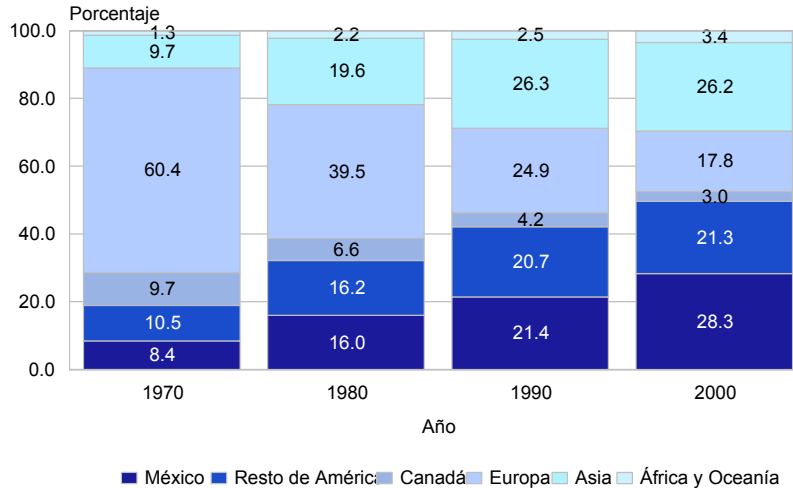
Gráfica 5
Migrantes internacionales dentro de la región de América Latina y el Caribe, Estados Unidos y Canadá, 1960 - 2000



Fuente: Pellegrino, A. (2003) y Martínez, J. (2003), sobre datos de *Proyecto IMILA* del CELADE y *Encuesta Continua de Población de Estados Unidos 1990, 2000*.

En 1970 aun persistía en Estados Unidos una mayor participación de inmigrantes de origen europeo, representando casi dos terceras partes del total de inmigrantes en ese país. Las tendencias de las últimas tres décadas muestran un cambio importante en la participación de los países de origen de migrantes. En el año 2000 prácticamente la mitad de los extranjeros que residían en Estados Unidos eran originarios de Latinoamérica, en tanto que los inmigrantes de origen europeo disminuyeron su importancia relativa a cerca de un 18 por ciento (Gráfica 6).

Gráfica 6
Población extranjera residente en Estados Unidos
por región de nacimiento, 1970 - 2000



Fuente: Estimaciones de CONAPO con base en U.S. Census Bureau, 5-percent sample 1970, 5-percent sample 1980, 5-percent sample 1990, y 5-percent sample 2000.

La poca información existente no permite conocer con exactitud la magnitud de la emigración de latinoamericanos y caribeños a destinos extra-regionales, distintos a Estados Unidos. Se sabe que el número de inmigrantes de la región en Canadá se incrementó en un 70 por ciento para 1996. Los países con la mayor concentración de población latinoamericana y caribeña son: Reino Unido, Países Bajos, España e Italia. Sin embargo, los países que han emergido de manera inesperada como destinos de elevada dinámica migratoria recientemente son España y Japón, siendo los caribeños y sudamericanos (brasileños, ecuatorianos, colombianos y argentinos) los principales grupos de inmigrantes (Tabla 1).

Tabla 1
Latinoamericanos y Caribeños en Europa y otros países, 2000

País de presencia	Total
Total de países con información	2 825 348
Australia	74 649
Canadá	575 955
Israel	78 259
Japón	284 691
Total Europa	1 811 794
Alemania	87 614
Austria	2 308
Bélgica	4 962
Dinamarca	865
España	840 104
Francia	41 714
Holanda	157 745
Italia	116 084
Noruega	14 937
Portugal	25 531
Reino Unido	500 000
Suecia	19 930

La migración México-Estados Unidos

Este flujo poblacional tiene particular importancia, por su peso específico y su dinámica creciente dentro de los flujos migratorios entre las regiones en desarrollo y las desarrolladas en el continente americano. México presenta una tradición migratoria hacia Estados Unidos que data de mediados del siglo XIX. Es el flujo migratorio contemporáneo que tiene mayor antigüedad. Alcanzó un nivel masivo a partir del desarrollo del ferrocarril (González Quiroga, 1993). En su evolución se pueden distinguir etapas de aproximadamente 20 años. La primera etapa se conoce como la “fase del enganche” (1900-1920). Se caracteriza por el sistema de contratación de mano de obra privado y semiforzado denominado “enganche”, también por la Revolución mexicana y su secuela de miles de refugiados, y por el ingreso de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, con la consiguiente demanda de mano de obra barata.

La segunda etapa (1920-1941) se caracterizó por tres ciclos de retorno masivo y uno de deportaciones, justificadas con el argumento de crisis económicas recurrentes. La tercera etapa (1942-1964) es conocida como el “periodo bracero”, iniciado por la urgencia de Estados Unidos de contar con trabajadores tras su ingreso en la Segunda Guerra Mundial, prolongándose luego debido al auge económico de la posguerra. La cuarta etapa es conocida como “la era de los indocumentados” (1965-

1986), cuando Estados Unidos dio por terminados los convenios braceros y decidió controlar el flujo migratorio a través de la legalización de la población trabajadora, bajo el sistema de cuotas, impuso un control más riguroso de la frontera y la deportación sistemática de quienes no tuvieran sus papeles en regla. La quinta etapa se inició en 1984 con la puesta en marcha de la *Immigration Reform and Control Act* (IRCA), etapa llamada de la legalización y la migración clandestina. Esta etapa partió de un proceso de amnistía y el programa de trabajadores agrícolas especiales, que permitió la legalización de 2.3 millones de trabajadores. Sin embargo, el proceso de legalización generó un proceso de migración clandestina, que se ha adaptado de manera irregular al requerimiento de documentación que avalaría su situación legal. Para 1986, el último año de esta fase, la patrulla fronteriza llegó a realizar cerca de 700 mil aprehensiones (Masey, Durand y Malone, 2002).

Según estimaciones del Consejo Nacional de Población de México (CONAPO) para el año 2003, de la población total residente en Estados Unidos (cerca de 286 millones de habitantes), 35.7 millones eran inmigrantes. De ellos, casi el 30 por ciento (10.2 millones) son nacidos en México, 22.8 en otros países de América Latina, 11.6 son de la Unión Europea y Canadá, 8.7 de Asia Oriental y 28.2 del resto del mundo. De tal forma que México es, con mucho, el principal país emisor de migrantes a los Estados Unidos de América, y ésta constituye la mayor corriente migratoria registrada entre dos países.

Causas e impactos de las migraciones internacionales

Existen diversas teorías que intentan explicar cuáles son los factores que determinan los flujos migratorios, desde una perspectiva económica, sociológica y antropológica, sin embargo, dada la complejidad del fenómeno no existe hasta este momento una sola teoría que integre las explicaciones. Entre los principales factores causales identificados, cabe mencionar los siguientes:

Factores Económicos

Estos se relacionan, por una parte, con la demanda de fuerza de trabajo en los países desarrollados e industrializados, en particular la necesidad persistente de trabajadores “temporales”, dispuestos a emplearse en trabajos poco calificados, con bajos salarios y mínimas prestaciones. Por otra parte, se encuentran los factores relacionados con la oferta de mano de obra en los países en desarrollo, cuyas condiciones económicas y demográficas constituyen factores que inducen a la emigración hacia países más desarrollados. En estos países prevalece, frecuentemente, un reducido crecimiento de sus economías, carencia de empleos para absorber el creciente contingente de mano de obra, incapacidad de los diferentes actores económicos (públicos y privados, nacionales e internacionales) para propiciar el desarrollo, todo lo cual se manifiesta en un deterioro del nivel de vida y en la intensificación de las disparidades al interior de los países, lo que propicia la emigración.

Factores sociales

En este conjunto pueden mencionarse múltiples condiciones sociales y políticas, que en muchos de los países latinoamericanos y caribeños han generado la emigración de personas en búsqueda de seguridad, asilo o refugio. Asimismo, influyen factores tales como la consolidación de importantes comunidades binacionales y la estructuración de redes sociales y familiares que contribuyen a estrechar los vínculos entre las comunidades de origen y de destino y a reducir los riesgos y costos de la migración. Otro elemento es la prolongación del tiempo de estancia de los migrantes, que se traduce en factores de arraigo en las comunidades de destino, que hace cada vez menos probable su retorno y que favorece el desarrollo de vínculos familiares y sociales en dichas comunidades.

Impactos económicos

Uno de los impactos económicos más directos lo constituyen las transferencias de remesas que los trabajadores migrantes hacen llegar a sus familias en sus comunidades de origen. Dichas transferencias han crecido en paralelo con el aumento de los flujos migratorios, el creciente intercambio de bienes y servicios, la más libre circulación de capitales, y la proliferación de empresas transnacionales en prácticamente todos los países y regiones del mundo. Las estimaciones de Naciones Unidas indican que, en el año 2000, cerca de 50 mil millones de dólares fueron captados en los países en desarrollo como remesas de trabajadores migrantes. De este monto, poco más de la tercera parte (17 mil millones) habría correspondido a América Latina y el Caribe (Naciones Unidas, 2002).

El caso de México, nuevamente, adquiere especial relevancia. Durante los años noventa, el monto de las remesas familiares provenientes del exterior tuvo un crecimiento constante y pasó de 2,500 millones de dólares en 1990 a cerca de 6,600 millones en el año 2000. Ya en ese momento, México se ubicaba en el segundo lugar mundial después de la India, que captaba alrededor de 9,000 millones. Sin embargo, los primeros años de la década actual muestra un impresionante crecimiento en el volumen de las remesas familiares en México: en tan sólo cuatro años, este monto superó la duplicación y alcanzó la cifra de 16,613 millones de dólares en el 2004, con lo cual se ubica en el primer lugar mundial, habiendo superado desde el 2002 a la India (CONAPO, 2005). Con ello, las remesas se han convertido en la segunda fuente de divisas del país, sólo por abajo del ingreso petrolero y por arriba de los ingresos por turismo y por inversión extranjera. Asimismo, diversos análisis indican que los recientes progresos del país en términos de reducción de los niveles de pobreza están relacionados, de manera creciente, con esta fuente de ingresos para las familias de menores recursos (Rodríguez, H. 2003).

Ante el notable crecimiento de las remesas, ha surgido una línea de debate en torno al papel de las mismas como fuente potenciadora del desarrollo económico a nivel

local y regional. Los estudios realizados para entender el potencial de las remesas en el desarrollo económico, evidencian que éstas representan principalmente un complemento salarial, utilizadas para la reproducción cotidiana de la familia (principalmente manutención de la familia y compra o reparación de la vivienda) y la comunidad (Huirán, R. 2002) Así pues, la inversión de remesas en actividades directamente productivas ha sido marginal; en todo caso, se invierten en pequeños negocios familiares en los sectores de comercio y sólo una muy pequeña parte se destina a la inversión productiva.

Deben mencionarse también las transferencias realizadas por organizaciones de migrantes desde Estados Unidos hacia sus comunidades de origen, conocidas como “remesas colectivas”, destinadas a obras de carácter social y de infraestructura.

En conclusión, si se desea que estos importantes flujos provenientes de las remesas influyan más directamente en el desarrollo económico, se requerirían políticas y programas mejor fundamentados, que tomen en cuenta el perfil de los migrantes y sus intereses, objetivos, aptitudes, deseos, experiencias y posibilidades.

Otros impactos económicos se relacionan con la pérdida de capital humano en los países y zonas de origen de los migrantes, lo cual se asocia no sólo con la llamada “fuga de cerebros” (emigración altamente calificada), sino también con todo el proceso de reproducción y calificación “básica” de la fuerza de trabajo y su salida hacia los países y regiones más desarrollados.

Impactos sociales

En este aspecto, uno de los impactos más comunes dentro del proceso migratorio es la desintegración y las tensiones familiares, como efecto de la salida del jefe del hogar y de otros miembros de la familia en diversos momentos del ciclo de vida, al incorporarse a la migración laboral.

En cuanto a los impactos de la migración en las sociedades receptoras, se observa que el incremento masivo de los flujos migratorios las ha transformado en sociedades multiculturales, con gran diversidad de etnias. El crecimiento de la población inmigrante, en algunas localidades superando a la nativa, ha generado en ésta temor por de la pérdida de homogeneidad y cohesión social. Esto produce movimientos de rechazo en la sociedad receptora, así como propuestas de leyes para restringir el acceso a los servicios sociales de la población inmigrante, entre otras reacciones, algunas de ellas particularmente violentas. En el mercado de trabajo es frecuente la discriminación y explotación de la mano de obra inmigrante, en especial la indocumentada, la carencia de seguridad social y múltiples formas de violación de los derechos humanos, así como la distorsión y segmentación de los mercados laborales en los que se insertan los inmigrantes.

Por otra parte, se observa la implementación de controles y barreras más estrictos para evitar el flujo de inmigrantes, situación que ha modificado las condiciones y lugares por donde se realizan los desplazamientos y ha propiciado un corrimiento

del tránsito de los migrantes indocumentados hacia lugares más inhóspitos y menos vigilados, poniendo en peligro sus vidas.

Entre los efectos de la migración, relacionados con la salud de los migrantes y sus familias, destaca el relacionado con la transmisión del VIH/SIDA, ya sea desde el punto de vista de algunos países de destino, que han llegado a considerarla como “enfermedad de importación”, o desde la perspectiva de las comunidades de origen de los migrantes, donde se empiezan a observar incrementos en la incidencia de la enfermedad. Los estudios que abordan la problemática coinciden en que la migración por sí misma no es un factor de riesgo de infección por VIH, sino que son las situaciones que los inmigrantes afrontan y las conductas que se adoptan durante el viaje y su estancia en el lugar de destino las que aumentan la vulnerabilidad y el riesgo ante la infección por VIH. La migración, que en su generalidad está constituida por hombres jóvenes solos -muchos de ellos dejando esposas-, incrementa los factores de riesgos, como la promiscuidad -con personas del mismo sexo, con mujeres nativas y trabajadoras sexuales, quienes a menudo poseen poca o nula información preventiva para evitar el VIH/SIDA. Para las mujeres migrantes la vulnerabilidad se incrementa por los factores de riesgo a que se ven sometidas durante el trayecto, incluyendo el intercambio o abuso sexual por parte de los intermediarios (traficantes, “polleros”, etc.) y de los empleadores.

Lo anterior se agrava debido a que la población migrante (en especial la indocumentada) frecuentemente vive en condiciones de hacinamiento, pobreza y anonimato; sufre la discriminación y la explotación; y tiene acceso limitado a servicios sociales, educativos y de salud. Hasta la fecha, apenas están siendo evaluadas las intervenciones existentes en el campo de la migración o la movilidad poblacional en relación con el VIH/SIDA y todavía son muy escasos los programas que involucran realmente a los países de origen, destino o tránsito, de una manera concertada y efectiva para prevenir y atender esta epidemia.

Políticas e iniciativas nacionales, regionales y globales

Una de las grandes contradicciones de las políticas migratorias y económicas a nivel mundial es que, paralelamente a la masificación de los flujos migratorios y la intensa liberalización comercial y la formación de bloques económicos observada en las últimas décadas, los principales países receptores de inmigración han optado por políticas migratorias cada vez más restrictivas. Este proceso se ha acentuado a partir de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, toda vez que la mayoría de los países altamente receptores de migración han endurecido sus políticas migratorias y privilegiado la seguridad nacional sobre el libre tránsito de personas. Sin embargo, esta tendencia ya se observaba desde fines del siglo XX, como lo muestran los datos siguientes.

A nivel mundial, el porcentaje de países que explícitamente se propuso reducir sus niveles de inmigración pasó del 7 por ciento en 1976 al 34 por ciento en 2003. Si se consideran sólo los países desarrollados, esa proporción pasó del 18 al 33 por ciento. En América Latina y el Caribe también se observa la misma tendencia, ya

que el porcentaje de países que están limitando en mayor medida la inmigración ha pasado del 4 al 27 por ciento en el mismo periodo (Naciones Unidas, 2004b).

En el Continente Americano los procesos de integración económica han sido progresivos. Sin embargo, no consideran las medidas necesarias para regular los flujos migratorios, que cada día se intensifican. Tal es el caso del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), que desde su entrada en vigor no ha tenido efectos en la contención de la emigración de mexicanos a Estados Unidos. Cabe aclarar que, si bien no se incluyó el tema de la migración en las negociaciones, sí se argumentó que el TLCAN habría de propiciar el desarrollo en las regiones deprimidas de México, a través de la generación de empleos y mejoras salariales, e incentivaría que la población permaneciera en sus comunidades de origen, reduciendo de manera indirecta las presiones migratorias México-Estados Unidos. Esta expectativa no se ha cumplido en forma alguna.

Por otra parte, los miembros y países asociados del MERCOSUR (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay) acordaron en el 2002 establecer un sistema para que sus nacionales puedan residir y trabajar libremente en los países del bloque con derechos semejantes a sus ciudadanos de cada nación, lo cual significaría un avance importante en materia de integración (Castillo, 2003).

Hacia el año 2003, la Comunidad Andina se plantea revisiones respecto a la migración laboral, llegando a resultados positivos: se reconoce al migrante laboral temporal como categoría migratoria, se incluyen las labores cíclicas estacionales, así como una actualización de las normas en cuanto al trato y a las oportunidades de trabajo respetando los acuerdos internacionales.

A pesar de algunos avances en acuerdos subregionales, como los arriba mencionados, así como en ciertos arreglos bilaterales, subsisten grandes vacíos en cuanto a la formulación y puesta en práctica de consensos y convenciones globales y regionales sobre el tema de la migración internacional. Para mencionar tan sólo algunas de las principales convenciones internacionales en vigor, se advierte que sólo el 22 por ciento de los países ha ratificado la Convención de la OIT sobre Migración y Empleo, que data de 1949, y sólo el 13 por ciento ha hecho lo propio con la Convención para la Protección de los Derechos de los Trabajadores Migrantes y sus Familias, adoptada en 1990 (Naciones Unidas, 2004a).

Sin duda, uno de los grandes retos para el mundo del siglo XXI es reconocer efectivamente a las migraciones internacionales como un aspecto fundamental del proceso de desarrollo y del ejercicio de los derechos humanos, así como formular y poner en práctica políticas, acuerdos y programas que permitan contar con sistemas y entornos adecuados y seguros para la movilidad de las personas en un mundo cada vez más interconectado.

Bibliografía

Alba, Francisco y Paula Leite (2004), "Políticas migratorias después del 11 de septiembre: los casos del TLCAN y la Unión Europea", en: *Migración y Desarrollo*, Num. 2.

Altamirano, Teófilo (2001), "Proyecto sobre la emigración de profesionales y personal calificado de América Latina a los Estados Unidos de América y Europa", presentado en la LXII Reunión del Comité Ejecutivo de la Unión de Universidades de América Latina, Córdoba, Argentina.

Appleyard, R. T. (ed.) (1988), *International inmigración: challenge for the nineties*, Ginebra, IOM.

Arango, Joaquín (2003), "Inmigración y diversidad humana: una nueva era en las migraciones internacionales", en: *Revista de Occidente*, Num. 268.

Balán, J. (1988), "A system approach for understanding international population movement: the role of policies and migrant community in the Southern Cone", Malasia IUSSP Seminar, Genting Highlands.

Castillo, Manuel A. (2003), *Migraciones en el hemisferio. Consecuencias y relación con las políticas sociales*, Serie Población y Desarrollo, Naciones Unidas, CELADE/CEPAL/BID, Santiago de Chile.

Castles, Stephen y Miller (2004), *La era de la migración: movimientos internacionales de población en el mundo moderno*, Universidad Autónoma de Zacatecas, Secretaría de Gobernación, Miguel Ángel Porrúa, México.

Consejo Nacional de Población (CONAPO) (2001), *Programa Nacional de Población 2001-2006*, Consejo Nacional de Población, México.

Consejo Nacional de Población (CONAPO) (2005), "Perspectiva regional de la migración internacional", presentación en la Sexta Reunión de la Comisión Consultiva con las Entidades Federativas (24-25 de febrero, 2005).

Lattes, Alfredo y Zulma de Lattes (1991), "International migration in Latin America: patterns, implications and policies", Informal Expert Group on International Migration, Economic Commission for Europe/UNFPA paper, Geneva.

González Quiroga, Miguel (1993), "La puerta de México: los comerciantes texanos y el noreste mexicano, 1850-1880", en: *Estudios Sociológicos*, Num. 31, El Colegio de México, México.

Martínez, L. M y A. Reynoso (1993), "Inmigración europea y asiática, siglos XIX y XX", en: Guillermo Bonfil, *Simbiosis de culturas*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Fondo de Cultura Económica, México.

Massey, Douglas, Jorge Durand y Nolan Malone (2002), *Beyond smoke and mirrors*, Russell Sage Foundation, Nueva York.

Naciones Unidas (2002), *International Migration Chart 2002*, New York.

Naciones Unidas (2004a), *World Economic and Social Survey 2004. International Migration*, Nueva York.

Naciones Unidas (2004b), *World Population Policies 2003*, New York.

Rodríguez Ramírez, Héctor (2004): Remesas y Pobreza en el Contexto actual de la Emigración Mexicana hacia los Estados Unidos. La Migración Mexicana en Tiempos de Globalización. CIESAS-Occidente: Guadalajara, México.-

Solís Cámara. Fernando (1998), *México: una política migratoria con sentido humanitario*, Secretaria de Gobernación, México.

Tuirán, Rodolfo (2002): Migraciones y Desarrollo. La Situación Demográfica de México 2002. CONAPO.

United Nations Population Fund (UNFPA) & The International Migration Policy Programme (IMP), *Meeting the challenges of migration. Progress since the ICPD*, UNFPA/IOM/UNITAR/ILO, New York.